

4. Los juicios y azotes de Jesús

El último día de Jesús en la Tierra

Enlace al vídeo de YouTube con subtítulos en 70 idiomas: <https://youtu.be/1ZQ637TPnCM>

La política ha sido una parte integral de la experiencia humana desde los albores de la civilización. La definición de política de Wikipedia se basa en la palabra griega *politikos*, que significa «de, para o relacionado con los ciudadanos». Describe «la práctica y la teoría de influir en otras personas a nivel cívico o individual». El comediante Robin Williams ofreció una interpretación diferente de la palabra. Dijo que política proviene de la palabra «poly», que significa «muchos», y «ticks», que significa «parásitos chupadores de sangre». La sátira política ha existido desde que existen los partidos políticos. A menudo, los políticos prometen una cosa y hacen otra. Un comediante definió a un «político» como «alguien que te da la mano antes de las elecciones y tu confianza después». Es difícil relacionar la política con la verdad. En la lucha por la verdad, la política a menudo suprime o ignora la verdad para ganar o mantener el poder. Al examinar los juicios de Jesús, es esencial reconocer que Jesús creó un dilema político para los líderes gobernantes y Poncio Pilato, que se enfrentaban a la decisión sobre su culpabilidad o inocencia.

En nuestros días, hemos visto cómo la política divide al país, a las comunidades e incluso a nuestras familias. En la época de Jesús no era diferente. Cristo nació en un mundo que sufría la opresión política. En este contexto de injusticia, intrigas humanas y luchas de poder, Jesús sufre como hombre y vence a la muerte como Salvador. Él es la luz en medio de la oscuridad, que la expone y la desafía.

El juicio de Jesús ante Caifás y el Sanedrín

Después de la entrevista con Anás, el antiguo sumo sacerdote, Jesús fue llevado a través del patio ante el sumo sacerdote Caifás para ser juzgado ante el Sanedrín, el consejo gobernante judío. Este juicio, según la ley judía, era ilegal en muchos aspectos. Por ejemplo, se celebró por la noche, lo que la ley judía prohibía. Además, Jesús no tenía abogado defensor, mientras que el sumo sacerdote intentaba intimidarlo. Los testigos no se ponían de acuerdo, por lo que Caifás, exasperado, finalmente ordenó a Jesús que respondiera a los cargos bajo juramento, vinculándolo así bajo el testimonio del Dios viviente: «Te conjuro por el Dios viviente que nos digas si eres el Mesías, el Hijo de Dios» (Mateo 26:63). Marcos nos da la respuesta de Jesús:

⁶⁰Entonces el sumo sacerdote se puso de pie delante de ellos y preguntó a Jesús: «¿No vas a responder? ¿Qué es este testimonio que estos hombres traen contra ti?» ⁶¹Pero Jesús permaneció en silencio y no dio respuesta. De nuevo le preguntó el sumo sacerdote: «¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?» ⁶²«Yo soy», dijo Jesús. «**Y veréis al Hijo del Hombre sentado a la derecha del Todopoderoso y viniendo sobre las nubes del cielo**». ⁽⁶³⁾El sumo sacerdote rasgó sus vestiduras. «¿Para qué necesitamos más testigos?», preguntó. ⁽⁶⁴⁾«Habéis oído la blasfemia. ¿Qué os parece?». Todos lo condenaron como digno de muerte. ⁽⁶⁵⁾Entonces algunos comenzaron a escupirle, le vendaron los ojos, le golpearon con los puños y le dijeron: «¡Profetiza!». Y los guardias le llevaron y le golpearon (Marcos 14:60-65).

Fíjate de nuevo en que Jesús usa el nombre divino de Dios, YO SOY (v. 62). Esta respuesta al

sumo sacerdote selló el destino de Jesús ante los ancianos gobernantes judíos. El juicio había terminado en ese momento: «¿Para qué necesitamos más testigos?» (v. 63). Cristo fue condenado por afirmar con confianza que Él era Aquel sobre quien había escrito el profeta Daniel, es decir, Aquel llamado el Hijo del Hombre, el Mesías, que se sentaría en el trono de David y sería adorado:

¹³ En mi visión nocturna miré, y allí delante de mí estaba uno como un **hijo de hombre**, que venía con las nubes del cielo. Se acercó al Anciano de días y fue llevado a su presencia. ⁽¹⁴⁾Se le dio autoridad, gloria y poder soberano; todos los pueblos, **naciones y hombres de todas las lenguas lo adoraron**. Su dominio es un dominio eterno que no pasará, y su reino es uno que nunca será destruido (Daniel 7:13-14; énfasis añadido).

Después de que Caifás y el Sanedrín juzgaran a Cristo, Marcos escribió que escupieron a Jesús por decir palabras que ellos consideraban blasfemas. Luego, a Cristo le vendaron los ojos para que no pudiera anticipar los golpes de los miembros del Sanedrín esa mañana (Marcos 14:65). Lucas también señaló que lo golpearon con los puños y lo azotaron antes de llevarlo ante Pilato (Lucas 22:63).

La política que influyó en Poncio Pilato

Una vez más, la política influyó en la difícil decisión que Pilato tuvo que tomar al enfrentarse a la verdad sobre Jesucristo. Examinemos los factores políticos que influyeron en la decisión de Pilato cuando se encontró cara a cara con la Verdad misma, el Señor Jesús. ¿Cómo se encontró un gobernador romano en la posición de juzgar a un hombre judío acusado de blasfemia por un consejo religioso judío?

El libro de leyes judío conocido como el Talmud registra que, dos años antes de la crucifixión de Cristo, se le quitó a Israel la autoridad para juzgar asuntos de vida o muerte. Tiberio César decretó que solo el gobernador o el procurador tenían el poder de ejecutar a una persona. Por eso el Sanedrín llevó a Jesús ante las autoridades romanas para que dictaran sentencia.

Judea (Israel) era conocida por ser una región difícil de gobernar. Poncio Pilato había sido elegido procurador de Judea porque tenía fama de ser alguien que no toleraba tonterías por parte de quienes estaban bajo su autoridad. Sin embargo, tras su llegada, Pilato comenzó a cometer errores. Hubo disturbios entre los judíos en respuesta a las decisiones que tomó. Durante uno de estos disturbios, Pilato tomó medidas rápidas contra los judíos. Actuó con violencia para reprimir a los alborotadores, causando muchas muertes. En cuestión de días, los líderes judíos solicitaron a Tiberio César que destituyera a Pilato de su cargo. Pilato comprendió que debía tener cuidado con la sensibilidad de los judíos. Otro disturbio o levantamiento podría costarle el puesto. Se encontraba en una posición frágil.

La demanda de que Pilato ejecutara a Jesús

Era ya de día, probablemente alrededor de las 6 de la mañana, cuando el grupo de ancianos, el Señor Jesús y el sumo sacerdote llegaron al cuartel general de Pilato en Jerusalén. Los judíos no entraron en el edificio debido a una ley de los escribas que establecía que las casas de los gentiles no eran ceremonialmente limpias para un judío. La ley de la Pascua estipulaba que, días antes de

la Pascua, la casa debía limpiarse a fondo y eliminarse toda la levadura antes del comienzo de los siete días de la Fiesta de los Panes sin Levadura, cuyo primer día era la Pascua (Éxodo 12:15). Después de estar en una residencia gentil, la limpieza ritual podía durar entre uno y siete días, dependiendo de lo que se hubiera tocado dentro del edificio.

²⁸Entonces los líderes judíos llevaron a Jesús de Caifás al palacio del gobernador romano. Para entonces ya era temprano por la mañana, y para evitar la impureza ceremonial no entraron en el palacio, porque querían poder comer la Pascua. ⁽²⁹⁾ Entonces Pilato salió a ellos y les preguntó: «¿Qué acusaciones traéis contra este hombre?». ⁽³⁰⁾ «Si no fuera un criminal», respondieron, «no te lo habríamos entregado». ⁽³¹⁾ Pilato dijo: «Lleváoslo vosotros y juzgado según vuestra ley». «Pero nosotros no tenemos derecho a ejecutar a nadie», objetaron. ⁽³²⁾ Esto sucedió para que se cumpliera lo que Jesús había dicho acerca del tipo de muerte que iba a sufrir (Juan 18:28-32).

Los líderes religiosos ignoraron la justicia y la misericordia, llevando ilegalmente a Jesús ante un tribunal penal, donde fue golpeado y maltratado antes incluso de que el juicio hubiera dictado sentencia. Les preocupaba más la impureza ritual que suponía entrar en la casa de un gentil. Podemos ver la hipocresía en esto, pero es esencial comprender que, desde su punto de vista, creían que estaban buscando justicia para castigar a alguien a quien consideraban un blasfemo y un alborotador. La verdad se encarnaba ante ellos en la persona de Jesucristo, pero no la veían. Un tipo similar de hipocresía también puede ocurrir dentro de la Iglesia. A menudo, las personas se centran en cuestiones menores y descuidan asuntos espirituales más importantes.

Pilato salió al patio, donde estaban los ancianos y la multitud. Les preguntó: «¿Qué acusación traéis contra este hombre?» (Juan 18:29). A los principales sacerdotes y fariseos no les gustó que les hicieran esta pregunta, porque no tenían ninguna acusación válida contra Cristo ante un tribunal romano. Su acusación era religiosa, concretamente la acusación de blasfemia contra Dios. Sabían que la acusación no se sostendría ante Pilato. Aun así, pensaban que ya tenían un acuerdo con Pilato para hacer la vista gorda y condenar a Jesús: «Si no fuera un criminal», respondieron, «no te lo habríamos entregado» (Juan 18:30). Pilato ya sabía de los celos y el odio hacia Jesús y desconfiaba de ellos (Mateo 27:18), por lo que su respuesta fue: «Tomadlo vosotros y juzgado según vuestra ley», les dijo Pilato (Juan 18:31). Pilato no esperaba que el sumo sacerdote y los ancianos buscaran la pena de muerte para Jesús, por lo que les dijo que se ocuparan de la situación con Cristo por su cuenta, fuera de su tribunal. Quizás fue en ese momento cuando la esposa de Pilato se le acercó con un fuerte mensaje de advertencia, transmitido en forma de sueño. Dios a menudo utiliza un pensamiento, un sueño, un mensaje en la iglesia o incluso las palabras de un amigo para impedirnos pecar, si tenemos el corazón dispuesto a escuchar y recibirlo.

Mientras Pilato estaba sentado en el tribunal, su esposa le envió este mensaje: «No te metas con ese hombre inocente, porque hoy he sufrido mucho en un sueño por su causa» (Mateo 27:19).

Pilato les permitió juzgar a Cristo ellos mismos. ¿Por qué no aceptaron la palabra de Pilato y lo ejecutaron de inmediato? (Juan 18:31). Es posible que el sumo sacerdote y los ancianos planearan echarle la culpa de la muerte de Cristo a los romanos, liberándose así de toda responsabilidad. En respuesta a la decisión de Pilato, dijeron: «Pero nosotros no tenemos autoridad para ejecutar a

nadie», argumentaron. Esta respuesta se pronunció para cumplir lo que Jesús había profetizado anteriormente, que sería crucificado. «El Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los maestros de la ley. Lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles para que lo escarnezan, lo azoten y lo crucifiquen» (Mateo 20:18-19), y Juan registra que Jesús dijo que moriría al ser levantado. «Pero yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí» (Juan 12:32). Los líderes judíos intentaban refutar su afirmación de ser el Mesías (Cristo) maldiciéndolo. Querían que Cristo muriera crucificado en lugar de ser ejecutado según la costumbre judía, que era la lapidación. Ser colgado de un trozo de madera (un árbol) se consideraba una maldición de Dios.

⁽²²⁾ Si alguien culpable de un delito capital es condenado a muerte y su cuerpo es expuesto en un poste, ⁽²³⁾ no debes dejar el cuerpo colgado en el poste durante la noche. Asegúrate de enterrarlo ese mismo día, porque **cualquiera que sea colgado en un poste está bajo la maldición de Dios.** No debes profanar la tierra que el Señor tu Dios te da como herencia (Deuteronomio 21:22-23).

Detrás de todo esto, Dios estaba obrando, sustituyendo a su Hijo por nosotros. Jesús tomaría la maldición que pesaba sobre nosotros. El apóstol Pablo escribió a la iglesia de Galacia que Dios tenía una razón para permitir que su Hijo fuera colgado en un madero y llevara la maldición:

¹⁰ Porque todos los que se basan en las obras de la ley están bajo maldición, como está escrito: **«Maldito sea todo aquel que no siga haciendo todo lo que está escrito en el libro de la ley».** ¹¹ Es evidente que nadie que se base en la ley es justificado ante Dios, porque «el justo vivirá por la fe». ⁽¹²⁾ La ley no se basa en la fe; al contrario, dice: «El que haga estas cosas vivirá por ellas». ⁽¹³⁾ **Cristo nos redimió de la maldición de la ley haciéndose maldición por nosotros,** pues está escrito: **«Maldito todo el que es colgado en un madero».** ⁽¹⁴⁾ Él nos redimió para que la bendición dada a Abraham llegara a los gentiles por medio de Cristo Jesús, a fin de que por la fe recibiéramos la promesa del Espíritu (Gálatas 3:10-14).

El comentarista William Barclay nos dice que la crucifixión «se originó en Persia, y su origen proviene del hecho de que la tierra se consideraba sagrada para el dios Ormuzd, y el criminal era levantado de ella para que no la profanara, ya que los persas creían que era propiedad del dios. Desde Persia, la crucifixión pasó a Cartago, en el norte de África, y fue en Cartago donde Roma la aprendió».¹ Los romanos crucificaron al menos a 30 000 judíos durante su ocupación de Israel para advertir a los demás de las consecuencias de oponerse a Roma. Los líderes judíos buscaron la muerte más cruel para Jesús, al tiempo que conmocionaban al pueblo maldiciendo a Aquel que creían que era el Mesías. Dios nos estaba mostrando que Jesús tomó sobre sí la maldición, representada por las espinas en su cabeza. En el jardín del Edén, cuando Adán decidió obedecer la voz de la serpiente en lugar de la de Dios, el Señor dijo: **«Maldita es la tierra por tu culpa... espinas y cardos te producirá»** (Génesis 3:17-18). En cumplimiento de la maldición llevada a la cruz, **«trenzaron una corona de espinas y se la pusieron en la cabeza»** (Mateo 27:29).

Pilato interroga a Jesús sobre su reino (Juan 18:33-38a)

¹ William Barclay. *El Evangelio de Mateo*, vol. 2. Filadelfia: Westminster, 1975, p. 365.

³³ Pilato volvió al palacio, llamó a Jesús y le preguntó: «¿Eres tú el rey de los judíos?» ³⁴ «¿Es eso idea tuya», preguntó Jesús, «o te han hablado otros de mí?» ³⁵ «¿Soy yo judío?», respondió Pilato. «Tu propio pueblo y los principales sacerdotes te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?» ⁽³⁶⁾Jesús dijo: «Mi reino no es de este mundo. Si lo fuera, mis siervos lucharían para impedir que los líderes judíos me arrestaran. Pero ahora mi reino es de otro lugar». ⁽³⁷⁾«¡Entonces eres rey!», dijo Pilato. Jesús respondió: «Tú dices que soy rey. De hecho, la razón por la que nací y vine al mundo es para dar testimonio de la verdad. ¡ Todos los que están del lado de la verdad me escuchan». ⁽³⁸⁾«¿Qué es la verdad?», replicó Pilato. Con esto, salió de nuevo a los judíos que estaban allí reunidos y les dijo: «No encuentro ningún motivo para acusarlo. ⁽³⁹⁾Pero es costumbre vuestra que os suelte a un preso en la Pascua. ¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?». ⁽⁴⁰⁾Ellos gritaron: «¡No, a él no! ¡Danos a Barrabás!». Barrabás había participado en una revuelta (Juan 18:33-40).

A Pilato no le gustaba cómo se estaban desarrollando los acontecimientos. Apartó a Jesús de los líderes religiosos y le habló en privado en sus aposentos. Le preguntó directamente a Cristo: «¿Eres tú el rey de los judíos?». Le preguntó esto porque esa era la acusación que los líderes judíos estaban haciendo a Pilato para asegurar la condena de Cristo. Roma solo podía tener un rey, y para ellos ese era César. Sin embargo, en el fondo, Pilato sentía que Jesús era inocente, pero si iba a ceder ante los ancianos judíos, necesitaba algún motivo para acusarlo.

¿Qué crees que llevó a Pilato a ceder a la presión de los ancianos gobernantes? ¿Qué lleva a un hombre a comprometer sus valores?

Pilato sintió la presión de estos líderes judíos porque ya sabía que ellos agravarían el problema y se quejarían al César, haciéndolo parecer incapaz de manejar la situación. El temor de perder prestigio o su posición fue un fuerte motivo para que comprometiera sus valores. Le preguntó a Jesús: «¿Eres tú el rey de los judíos?» (Juan 18:33). Si Pilato le preguntaba desde una perspectiva política o mundana, entonces no, en ese sentido, Jesús no es un rey. El reino de Cristo no forma parte del sistema de fuerza e intimidación de este mundo. Sin embargo, si Pilato le pregunta desde un punto de vista bíblico, entonces sí, Jesús es el Rey de los judíos, y ha venido para dar testimonio de la verdad de Dios, para conquistar y anular el dominio de Satanás sobre la tierra.

El dominio de Cristo es de un orden completamente diferente. La respuesta de Jesús no le dio a Pilato ninguna prueba para condenarlo por ser alguien que tomaría las armas contra Roma. Jesús dijo: «Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo aquel que es de la verdad me escucha» (v. 37). El Señor permitió que Pilato respondiera a la verdad que había oído, tal como busca hacer con todos nosotros: optar por abandonar un pecado que sabemos que condenará nuestra alma si seguimos persiguiéndolo. Si un hombre tiene un corazón honesto y busca la verdad, la verdad resonará en él. Las verdades de Dios son como una espada que nos obliga a elegir un bando. Cuando se nos presenta la verdad, surge una línea divisoria. Podemos responder con un deseo de saber más o cerrar nuestra mente y nuestro corazón a ella, rechazando en última instancia la verdad de Dios. Cuando escuchamos la verdad sobre Jesús, cada uno de nosotros elige un bando. No hay término medio, no hay valla en la que sentarse; o rechazamos la Palabra de Dios o deseamos saber más. Jesús dijo: «El que no está conmigo, está contra mí; y el que no recoge conmigo, desparrama» (Mateo 12:30).

Pilato respondió con una pregunta: «¿Qué es la verdad?». Él creía que la verdad es lo que los vencedores de cualquier guerra deciden que sea. Los hombres impíos a menudo moldean la historia para servir a sus propios intereses, ocultando la verdad a la gente. Desgraciadamente, Pilato no hizo más preguntas para descubrir la verdad de los labios de Jesús. En ese momento, solo quería salir de esa situación difícil. No quería arriesgar su carrera en una situación sin salida.

¿Recuerdas el momento en que escuchaste por primera vez la verdad del Evangelio? ¿Hubo circunstancias difíciles que te llevaron a buscar la verdad?

Pilato declara a Jesús inocente

Pilato se dio cuenta de que no había pruebas para condenar a Jesús a muerte. Salió de nuevo, habló a la multitud que se había reunido y anunció su veredicto: inocente (v. 38). Sin embargo, la multitud no aceptó esta decisión; Lucas señaló que, en ese momento, algunos gritaron que Jesús había causado problemas en Galilea y en todos los lugares por donde había pasado (Lucas 23:5-6). Cuando Pilato se enteró de que Jesús era de Galilea, pensó que podía pasar el juicio sobre Jesús a Herodes Antipas, el gobernante de la región de Galilea, que estaba de visita en Jerusalén en ese momento.

Juan no menciona esta comparecencia ante Herodes Antipas en su Evangelio, pero Lucas escribe que este encuentro con Herodes también fue infructuoso (Lucas 23:6-12). Después de que Jesús no dijera nada ni realizara ningún milagro para satisfacer la curiosidad de Herodes, fue burlado, humillado y enviado de vuelta a Pilato para que lo juzgara. Cuando el Señor regresó de Herodes a Pilato, la multitud en el patio era cada vez más grande y más revoltosa. El fervor religioso iba en aumento. Pilato tenía que responder.

La opción sustitutiva de la Pascua

De repente, se le ocurrió una cláusula de escape misericordiosa; recordó que, dado que la Pascua comenzaba en unas pocas horas, existía la tradición de liberar a un prisionero como acto de bondad. Con la multitud ante él, Pilato alzó la voz y sugirió este acto de compasión. Les ofreció una opción, confiando en que elegirían a Cristo. Después de todo, solo unos días antes, la gente común había colocado ramas de palmera ante Cristo cuando entró en Jerusalén montado en un burro. Entonces gritaron: «**Hosanna al Hijo de David**» (Mateo 21:9). Pilato estaba seguro de que la élite gobernante no querría a Barrabás, un asesino y insurrecto (Lucas 23:19), pero subestimó su odio y sus celos. Rechazaron al Hijo de David y eligieron liberar a Barrabás, el asesino.

Imaginemos cómo se sintió Barrabás en el calabozo debajo del patio. No podía oír las conversaciones individuales, pero sí los gritos de la multitud. Cuando Pilato presentó a la multitud la opción de elegir a quién liberar, a Jesús o a Barrabás, los ancianos religiosos se movieron entre la multitud, instándoles a gritar por Barrabás (Mateo 27:20). La multitud gritaba a pleno pulmón a favor de Barrabás. Abajo, en el calabozo, tal vez Barrabás oyó gritar su nombre, seguido de las palabras «Crucificalo».

²⁰ Pero los principales sacerdotes y los ancianos persuadieron a la multitud para que

pidieran a Barrabás y ejecutaran a Jesús. ²¹ ¿A cuál de los dos queréis que os suelte? preguntó el gobernador. A **Barrabás**, respondieron. ²² ¿Qué haré, pues, con Jesús, llamado el Cristo? preguntó Pilato. Todos respondieron: **«¡Crucificalo!»**. ⁽²³⁾«¿Por qué? ¿Qué delito ha cometido?», preguntó Pilato. Pero ellos gritaron aún más fuerte: **«¡Crucificalo!»**. (Mateo 27:20-23).

Seguramente, el corazón de Barrabás dio un vuelco al pensar en su inminente crucifixión. Imaginen cómo debió de sentirse Barrabás unos momentos después al oír a un soldado romano acercándose por el pasillo con el sonido de unas llaves en la mano. Barrabás debió de pensar que había llegado su hora. Imagina su sorpresa cuando le dijeron que iba a ser liberado y que otra persona había ocupado su lugar. Era libre de irse y marcharse a donde quisiera. ¡Todos los cargos contra él habían sido retirados! Me gusta pensar que más tarde, al abandonar la ciudad de Jerusalén, vio a Jesús crucificado en su lugar como su sustituto .

¿Cómo crees que el perdón de Barrabás por sus crímenes, poco antes de su crucifixión, pudo haber cambiado su vida después?

Al igual que Barrabás, nosotros también merecemos una pena de muerte justa por nuestros pecados. Al igual que él, se nos ofrece un perdón gratuito por nuestras obras pecaminosas en este mundo. Jesús tomó nuestro lugar y se ofreció a sí mismo como sustituto de todos los pecados. Esta muerte sustitutiva se acredita en nuestra cuenta espiritual cuando ponemos nuestra fe y confianza en su muerte por nosotros y como nosotros en la cruz. Imagina si Barrabás hubiera elegido quedarse en su pequeña celda en lugar de salir a la luz. ¿Te parecería increíble? Si eso hubiera sucedido, la gracia ofrecida a Barrabás no le habría servido de nada. Al igual que Barrabás, todos nosotros, en algún momento u otro, nos hemos encontrado en una prisión creada por nosotros mismos. Gracias a Dios, Jesús nos libera. ¿A quién se parece más hoy: a Pilato o a Barrabás? Cuando se le presente la verdad, ¿cederá, como hizo Pilato, o saldrá de su celda como Barrabás y dará gracias a Dios por enviar a un sustituto?

El azotamiento y la humillación de Cristo

Mateo señaló que, tras la liberación de Barrabás, Pilato hizo un último intento por liberar a Jesús ordenando que lo azotaran.

¹Entonces Pilato tomó a Jesús y lo mandó azotar. ²Los soldados trenzaron una corona de espinas y se la pusieron en la cabeza. Lo vistieron con un manto púrpura ³y se le acercaban una y otra vez, diciendo: «¡Salve, rey de los judíos!», y le daban bofetadas. ⁽⁴⁾ Una vez más, Pilato salió y dijo a los judíos allí reunidos: «Mirad, os lo traigo para que sepáis que no encuentro ningún motivo para condenarlo». ⁽⁵⁾ Cuando Jesús salió con la corona de espinas y el manto púrpura, Pilato les dijo: «¡Aquí tenéis al hombre!» (Juan 19:1-5).

Lucas escribió que el motivo por el que Pilato mandó azotar a Jesús fue para apaciguar a los judíos. Pilato dijo: «Por eso, lo castigaré y luego lo soltaré» (Lucas 23:16). Esperaba que los azotes en la espalda de Cristo despertaran cierta simpatía y misericordia por este hombre inocente y satisficieran la sed de sangre de la multitud cuando vieran a Jesús. La flagelación romana se llamaba «la muerte a medias» porque estaba destinada a detener justo antes de la muerte. No se

realizaba junto con otro castigo. Los dos «ladrones» que también iban a ser crucificados no fueron flagelados. Una ley judía, la *Mithah Arikhta*, prohibía prolongar la muerte de los criminales condenados y eximía a los que iban a morir de la vergüenza de ser también azotados. Teniendo en cuenta que tanto las leyes judías como las romanas fueron ignoradas en el castigo de Cristo, Jesús fue tratado peor que un criminal común.

La flagelación o azotamiento era una forma brutal de infligir dolor a un hombre. La espalda de Jesús habría sido estirada sobre un poste de azotes para que no pudiera moverse, mientras dos hombres a cada lado preparaban sus instrumentos de flagelación. La flagelación romana tenía tres formas. En primer lugar, estaban los fustes, unos azotes ligeros con tiras de cuero que se utilizaban como advertencia; en segundo lugar, estaban los flagella, que consistían en una paliza severa; y en tercer lugar, estaban los verbera, mucho más intensos y administrados con un látigo hecho de varias tiras de cuero con trozos de metal o hueso atados a los extremos. Chuck Smith, autor y pastor, afirma que con cada golpe del flagelo se esperaba que la víctima confesara su delito. Si el azotado gritaba un pecado, el lictor (el que administraba los azotes) aligeraba el castigo hasta que, al final, solo se utilizaba la correa de cuero. Esta flexibilización no se produjo con Jesús, ya que no tenía pecados que confesar, por lo que, como una oveja ante sus esquiladores, el Señor no abrió la boca (Isaías 53:7).

El silencio de Cristo y su falta de confesión de ningún pecado probablemente llevaron a los lictores a utilizar la forma más dura de flagelación, la verbera. Este tipo de flagelación le arrancaba trozos de piel de la espalda, dejándole los huesos y las entrañas al descubierto. El profeta rey David vio esto proféticamente y escribió en el libro de los Salmos: «**Todos mis huesos están a la vista; la gente me mira y se regodea**» (Salmos 22:17). Los Evangelios no especifican cuántas veces azotaron a Jesús, pero el apóstol Pablo fue azotado treinta y nueve veces en cinco ocasiones diferentes (2 Corintios 11:24). La tradición sostiene que esto también fue así para Jesús.

La Ley de Moisés limitaba los azotes a cuarenta latigazos (Deuteronomio 25:3), por lo que si Jesús recibió treinta y nueve latigazos, los romanos no excedieron el límite máximo judío. La ley romana no especificaba un número determinado de azotes. En cambio, los azotes continuaban hasta que la víctima quedaba casi inconsciente y al borde de la muerte. Un patólogo forense afirma que tales azotes suelen causar fracturas de costillas, contusiones pulmonares graves y laceraciones con hemorragia en la cavidad torácica, lo que a veces conduce a un neumotórax parcial o completo (colapso pulmonar). Seiscientos años antes de Cristo, el profeta Isaías describió el sufrimiento del Mesías en estos términos:

⁴ Ciertamente él tomó nuestro dolor y llevó nuestro sufrimiento, pero nosotros lo consideramos castigado por Dios, golpeado por él y afligido. ⁵ Pero él fue traspasado por nuestras transgresiones, fue aplastado por nuestras iniquidades; el castigo que nos trajo paz fue sobre él, y **por sus heridas fuimos sanados**. ⁶Todos ^{nosotros}, como ovejas, nos hemos descarriado, cada uno se ha apartado por su camino; y el **Señor ha cargado sobre él la iniquidad de todos nosotros**. (⁷) Fue oprimido y afligido, pero no abrió su boca; fue llevado como cordero al matadero, y como oveja delante de sus esquiladores, enmudecía y no abría su boca (Isaías 53:4-7).

Cuando terminó el azotamiento, los soldados romanos aún no habían terminado con Él. El odio de los romanos hacia los judíos se expresó en el Pretorio, el cuartel romano, donde se turnaron para golpear y humillar a Cristo. Marcos registra que toda la compañía (450-600 hombres) se turnó para golpearle en la cabeza con un bastón y escupirle antes de burlarse de Él inclinándose ante Él como lo harían ante César.

¹⁶Los soldados llevaron a Jesús al palacio (es decir, al pretorio) y reunieron a toda la compañía de soldados. ¹⁷Le pusieron un manto púrpura, luego trenzaron una corona de espinas y se la pusieron. ¹⁸Y comenzaron a gritarle: «¡Salve, rey de los judíos!». ¹⁹Una y otra vez le golpeaban en la cabeza con un bastón y le escupían. Cayendo de rodillas, le rendían homenaje. ²⁰Y cuando terminaron de burlarse de él, le quitaron el manto púrpura y le pusieron sus propias ropas. Luego le llevaron para crucificarle (Marcos 15:16-20).

Más de quinientos años antes, en el Antiguo Testamento, el profeta Isaías habló del Siervo Sufriente de Dios enviado a Israel. Escribió:

Ofreci mi espalda a los que me golpeaban, mis mejillas a los que me arrancaban la barba; no escondí mi rostro ante las burlas y los escupitajos (Isaías 50:6).

Todo lo que le sucedió a Cristo era parte del plan de Dios. En el día de Pentecostés, el apóstol Pedro dijo a los más de tres mil judíos que tenía ante sí: «Este hombre fue entregado por el plan deliberado y el conocimiento previo de Dios; y vosotros, con la ayuda de hombres malvados, lo matasteis clavándolo en la cruz» (Hechos 2:23). Bajo la autoridad soberana de Dios, el Padre nos entregó a su Hijo como nuestro sacrificio sustituto por el pecado. En la crucifixión de Jesús, tanto los judíos como los gentiles, en representación de toda la humanidad, se turnaron para humillarlo. Luego, los soldados llevaron a Cristo ante Pilato y la multitud.

Jesús declarado inocente por Pilato por segunda vez (Juan 19:6-12)

⁶ Tan pronto como los principales sacerdotes y sus oficiales lo vieron, gritaron: «¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!». Pero Pilato respondió: «Tomaoslo vosotros y crucificadlo. Por mi parte, no encuentro ningún motivo para condenarlo» ⁷ Los líderes judíos insistieron: «Tenemos una ley, y según esa ley debe morir, porque se ha declarado Hijo de Dios» ⁸ Cuando Pilato oyó esto, tuvo aún más miedo, ⁽⁹⁾ y volvió al palacio. «¿De dónde eres?», le preguntó a Jesús, pero Jesús no le respondió. ⁽¹⁰⁾ «¿Te niegas a hablar conmigo?», dijo Pilato. «¿No te das cuenta de que tengo poder para liberarte o para crucificarte?». ⁽¹¹⁾ Jesús respondió: «No tendrías ningún poder sobre mí si no te hubiera sido dado desde arriba. Por lo tanto, el que me ha entregado a ti es culpable de un pecado mayor». ⁽¹²⁾ A partir de entonces, Pilato intentó liberar a Jesús, pero los líderes judíos seguían gritando: «Si liberas a este hombre, no eres amigo del César. Cualquiera que se proclame rey se opone al César» (Juan 19:6-12).

Imagino que Pilato quedó impactado por el estado en que se encontraba el hombre que tenía ante sí. En total, Pilato intentó liberar al Señor en cinco ocasiones (según se recoge en Lucas 23:4, 15, 20, 22 y Juan 19:4, 12, 13). Esta terrible escena del Señor Jesús azotado ante la multitud fue predicha más de quinientos años antes por Isaías.

Así como muchos se horrorizaron al verlo, su apariencia estaba tan desfigurada que no parecía humana y su forma estaba tan deteriorada que no se parecía a la de un ser humano (Isaías 52:14).

Cristo fue golpeado tan severamente que su rostro quedó desfigurado y ya casi no parecía humano. Pilato les presentó a Jesús diciendo: «¡Aquí está el hombre!» (Juan 19:5b). Ante ellos se encontraba el hombre más perfecto, amoroso y compasivo que la Tierra jamás había visto. Ahí estaba Dios encarnado, mostrando cómo es Dios de una manera que pudiéramos entender, pero la humanidad lo rechazó. Las Escrituras describen a Jesús como rechazado por los hombres, un hombre de dolores y experimentado en quebrantos (Isaías 53:3). Cuando Jesús fue presentado a la multitud después de ser azotado, inmediatamente comenzaron a gritar: «¡Crucificalo! ¡Crucificalo!».

No debemos suponer que si hubiéramos estado allí, las cosas habrían sido diferentes. La misma naturaleza humana y el mismo problema del pecado existen en nuestros corazones tanto como en los suyos. Todos nos reconocemos en ese patio. La única manera de liberarnos de nuestra naturaleza pecaminosa era que hubiera un sustituto que tomara nuestra culpa sobre sí mismo y la eliminara. Gracias a Dios por Jesús. Él es el Cordero perfecto de Dios.

Una vez más, Pilato respondió a la multitud por segunda vez cuando declaró a Jesús inocente, diciendo: «Lléváoslo y crucificalo. Por mi parte, no encuentro ningún motivo para condenarlo» (Juan 19:6b). ¿Por qué Pilato no detuvo el proceso en ese momento? Si Jesús fue declarado inocente, ¿por qué se siguieron escuchando los cargos contra él? Los líderes judíos insistieron: «Nosotros tenemos una ley, y según esa ley debe morir, porque se ha hecho pasar por Hijo de Dios». Cuando Pilato oyó esto, tuvo aún más miedo (Juan 19:7-8a).

De vez en cuando, me encuentro con personas que afirman que Jesús nunca dijo que era el Hijo de Dios, pero los enemigos de Jesús lo acusaron precisamente de eso (Juan 19:7), lo que dio a las autoridades religiosas motivos para condenarlo a muerte.

Los judíos apelaron entonces a Pilato basándose en la Ley de Moisés, que dice: «Cualquiera que blasfeme contra el nombre del Señor debe ser condenado a muerte» (Levítico 24:16).

Poder y responsabilidad (Juan 19:9-11)

Los romanos estaban gobernados por el temor a su panteón de muchos dioses diferentes. Quizás Pilato notó que no parecía haber temor en este hombre, que soportó la tortura del azotamiento sin confesar ningún pecado. La actitud de Cristo pudo haber hecho que Pilato se preguntara si tal vez este hombre *era* realmente el Hijo de Dios. También pudo haber recordado el comentario de su esposa de no tener nada que ver con ese hombre inocente (Mateo 27:19). Pilato llevó entonces a Jesús de nuevo a su residencia para hablar con él en privado. «¿De dónde eres?», le preguntó a Jesús, pero Jesús no le respondió (Juan 19:9). Aunque estaba cubierto de sangre que goteaba sobre el suelo de Pilato, Jesús se mostraba majestuoso en su silencio y totalmente en control. Era Pilato quien estaba siendo juzgado. Jesús no suplicó por una salida. Estaba totalmente comprometido con el plan del Padre.

Pilato volvió a intentar liberar a Jesús (v. 12), pero los líderes judíos insistieron. Después de la última conversación íntima de Pilato con Jesús y su tercera declaración ante ellos de su creencia en la inocencia de Cristo, los líderes judíos gritaron: «Si liberas a este hombre, no eres amigo del César. Cualquiera que se proclama rey se opone al César» (Juan 19:12).

El rechazo del rey Jesús (Juan 19:13-16)

Pilato se encontró en una situación difícil, ya que tenía que decidir a qué reino servir. Pronunciar un veredicto de «no culpable» habría puesto en peligro su carrera política. Roma lo castigaría por no condenar a alguien que desafiaba abiertamente la autoridad del César. Cómodamente instalado en su cargo de gobernador, Pilato prefirió condenar a un hombre inocente antes que permitir que el César se enterara de su mal liderazgo. Exasperado, accedió:

²⁴ Cuando Pilato vio que no llegaba a ninguna parte, sino que, por el contrario, se estaba produciendo un alboroto, tomó agua y se lavó las manos delante de la multitud. «Yo soy inocente de la sangre de este hombre», dijo. «¡Es responsabilidad vuestra!» ²⁵ Todo el pueblo respondió: «¡Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!» (Mateo 27:24-25).

Ojalá la culpa y la responsabilidad por nuestros pecados pudieran eliminarse simplemente lavándonos las manos. ¡Ojalá fuera tan fácil! Solo hay una cosa que elimina el pecado: la sangre derramada de Cristo en la cruz como pago completo por el pecado.

Pilato cedió ante ellos: «Aquí tenéis a vuestro rey», dijo Pilato a los judíos. ¹⁵ Pero ellos gritaron: «¡Quítalo de aquí! ¡Quítalo de aquí! ¡Crucifícalo!» «¿Crucificaré a vuestro rey?», preguntó Pilato. «No tenemos más rey que César», respondieron los principales sacerdotes. (¹⁶ Finalmente, Pilato se lo entregó para que fuera crucificado» (Juan 19:15-16).

Es sorprendente pensar que, en ese momento, los líderes gobernantes reconocieron a César como su rey. El pueblo de Dios se consideraba distinto y santo, no destinado a ser gobernado por otro rey, pero los líderes de Israel afirmaban su voluntad de ser gobernados por César en lugar de por Jesús. Cada uno de nosotros debe tener cuidado de no tomar la misma decisión con respecto a quién serviremos.

Su actitud refleja una postura común a lo largo de los últimos dos mil años: «¡No queremos que este hombre nos gobierne!». Esta es la esencia del asunto: ¿aceptarás que este Rey, este Jesús, reine sobre ti? Él es quien dio su vida por ti. Hace dos mil años, las masas rechazaron el gobierno y el reinado de Dios. Hoy en día, la historia sigue siendo la misma. La mayoría de la gente rechaza a Jesús simplemente porque aman su pecado y se niegan a inclinarse ante nadie más. No quieren a Jesús porque eso significa decir no a nosotros mismos y sí a Él. Es un cambio radical de lealtad. Cada día nos enfrentamos a la elección de a qué reino serviremos.

Demos gracias a Dios por Jesús, el Cordero perfecto de Dios. Él es el único que pudo pagar nuestro precio por completo, siendo un sacrificio perfecto y sin pecado, al igual que el cordero pascual. Demos gracias a Dios porque la muerte no tiene poder sobre nosotros gracias a Su sacrificio de amor.

Una oración: Gracias, Padre, por enviar a Tu Hijo al mundo para perdonarme la deuda de mi pecado. Hoy invito a Cristo a entrar en mi vida y perdonarme todos mis pecados. Quiero estar limpio y libre de mi prisión de esclavitud al pecado. ¡Amén!

Keith Thomas

Sitio web: www.groupbiblestudy.com

YouTube: <https://www.youtube.com/@keiththomas7/videos>

Correo electrónico: keiththomas@groupbiblestudy.com